

## Sobre *Antología de teatro rionegrino en la posdictadura*



Ana Lía Gabrieloni

Universidad Nacional de Río Negro, Laboratorio Texto, imagen y sociedad [LabTIS]  
CONICET

Mauricio Tossi (comp.) (2015).

*Antología de teatro rionegrino en la posdictadura.*

Viedma: Universidad Nacional de Río Negro, 294 páginas.

En su *Antología de teatro rionegrino en la posdictadura*, Mauricio Tossi selecciona y recupera catorce obras, escritas a partir del año 1983, con la intención de revertir la “evidente desproporción y asimetría” (2015: 11) de la historiografía teatral en la Patagonia argentina en contraste con otras regiones del país. Las obras reunidas se deben a: Miriam Álvarez, Maite Aranzábal, Hugo Aristimuño, Oscar Benito, Luisa Calcumil, Valeria Fidel, Silvio Gressani, Humberto Martínez, Luisa Peluffo, Juan Raúl Rithner, María Robin, Concepción Roca, Javier Santanera, Carolina Soria, José Luis Valenzuela y Carol Yordanoff. La intención antes mencionada se sustancia, más allá de la compilación –que supera y restaura de por sí la ausencia de archivos organizados en la región– a través del minucioso estudio que la presenta. Pasar casi por alto aquí este último requiere de tanto empeño como cuando visitamos un gran museo y, frente a los anaqueles repletos de libros fascinantes en su biblioteca, sabemos que dejarlos de lado es lo que nos permitirá contar con tiempo –espacio aquí– suficiente para visitar las salas y abandonarnos a la obras que esos mismos libros, cuyas tapas cuesta cerrar, abordan e iluminan.

Antes, interesa recordar que Tossi refiere la insumisa potencia con que la literatura, el arte, en general, y el teatro, en particular, intervienen en la cultura (28), portando las alas de esa memoria a la que no siempre la historia canónica rinde franco y desinteresado tributo. El tiempo que encierra toda evocación a la historia reclama un espacio y, en este antología, según su compilador, dicho espacio compone una “cartografía” (15). Acaso, por efecto de la iluminación antes aludida en relación con las páginas que presentan y examinan cada aspecto de tal cartografía, ésta se percibe como una suma de paisajes donde la dramaturgia articula una geografía no estrictamente física sino, más bien, humana. De hecho, en las obras reunidas no hay amaneceres ni atardeceres. No hay mar ni montañas. Casi

no hay bardas ni nubes, excepto una nube de vellón de lana (204). No hallamos muchas descripciones explícitas de desiertos o pampas: apenas una helada hace crujir la tierra reseca (210) y una aguada se hiela cuando no desborda amenazante (168). Apenas un pez crudo, como un pedazo vivo de la muerte (167). El trigo pasó a ser harina procesada para amasar (267). Las cebollas se aprovechan para, al picarlas, “sacar las penas de años” (267). La primavera se encuadra en el nombre de un agitador social, extraído del calendario republicano francés, Floreal (77 y ss.). La tierra es el material de las sepulcrales sábanas transcritas de los versos de Juan Gelman (131). El viento que sopla, aviva incendios (99). Así como todo en estas obras aviva la memoria.

A medida que leemos, divisamos las *hebras* (evocadas en uno de los títulos, 77) con que la memoria parecer haber ido tramando la escritura, e imprimiéndole esa irregular textura audible y tangible propia de cierta geografía humana. De hecho, uno de los logros de la antología es desplegar esta última de forma inédita en su diversidad, sin por ello estancarse en la imagen panorámica e impersonal que arrojaría una vista área, satelital, tan vasta como la Patagonia. En cambio, es una geografía de accidentes que, por momentos, aciertan a desprenderse de la historia colectiva e individual para tomar forma en la estrechísima y escondida intimidad de los personajes que, en ocasiones, cuentan como herencia afectiva con un simple pañuelo (208, 265). Este último, junto con el tejido (77 y ss., 259) y los sueños (*Pewma-Sueños*), es un tópico recurrente en algunas de las obras, que concentra notable potencia plástica en escena a la par que poética en los textos. Las tres imágenes aparentan ofrecer un espacio único de estabilidad o residencia posible del ser en un medio con violentas transformaciones. Un punto fijo donde pensar y, con el pensamiento, atravesar la memoria para hacer del reconocimiento una recuperación.

Tejer, soñar, así como pasarse un pañuelo como legado singular entre generaciones son las coreografías que ponen en escena la memoria y que ejecutan esa contradicción asociada al exilio en *Dibaxu*: una huída hacia el regreso (131). Los autores y las autoras de estas obras hacen de la huída implícita en la creación un regreso a la propia historia, aunque eso implique, en el encierro de un museo, tropezar con huesos, ver cómo el tiempo se va acumulando tras las vitrinas, y la taxidermia de cuerpos descompuestos sea el único bálsamo disponible para untar las laceraciones de un alma contemporánea en pena (*Bálsamo*). Lo saben, la historia no siempre se reconstruye con hilos sino también con *hilachas* (*Hebras*).

Esta antología-mapa de la región rionegrina (que se extiende desde la zona Andina y el Alto y Valle Medio hasta el Atlántico) trasluce, en fin, una geografía que no descansa en las estribaciones del suelo sino en la de “los idiomas de no estar” (134), que inculcan a la

fuerza las dictaduras, las democracias adulteradas, las enfermedades, el hambre, las pérdidas irreparables. No es otra la lengua que habla la soledad, un sueño nocturno, el tejido que avanza entre dos agujas, un pañuelo en tránsito, la voz de una mujer en “un mundo cerrado, pequeño, masculino” (275). Y donde uno de los personajes, cuyo arribo a la ciudad deviene una pesadilla de explotación y maltrato, se rebela por el lapso de una frase diciendo: “Ustedes son los que nos jodieron y ahora quieren que les contemo (*sic*) nuestras cosas” (156).

Leer estas páginas no equivale desde ya a ver las puestas en escena de estas creaciones dramáticas, lo que se echa especialmente de menos en esta época, pero sí nos acerca a aquellos que parecen haber visto todo (268) durante los últimos años al sur de un país que queda al sur del planeta, y prosiguen frente a tan aciagas imágenes, su duelo que, como escribe Tossi, es naturalmente un duelo inconcluso (26).